

PINCELADAS DE BASCONIA



LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN

España entera recoge sus arrulladoras brisas durante los tres meses de verano; miles de extranjeros admiran el ancho espacio de sus bellezas y siéntense extasiados ante un lienzo cuya pintura tan ingeniosamente ha combinado la inimitable mano de la naturaleza. Es la ciudad aristocrática por excelencia, elegante, culta, bella, atractiva por sus perfumados jardines y paseos anchurosos, simpática por la gentil cortesía de sus habitantes y la amabilidad de sus hijos; encantadora por las verdes campiñas que la rodean, grandiosa por la fastuosidad, lujo y esplendor de sus elevados edificios; incomparable por la rectitud de sus paralelas calles; europea por su organización admirable. Es necesario verla, visitarla, admirar sus bellezas, contemplar sus encantos para formarse una ligera idea; es necesario recorrer sus calles en su gran día, en su predilecto día, en el día en que las 24 horas son tan solo para San Sebastián, para ver un nido de alegría y placer, un incesante andar de miles de personas, un bullicio secundado por multitud de coches y ornado por rápidos automóviles y elegantes ciclistas; es necesario acudir á la tradicional Misa Mayor en donde el arte adquiere vuelos de águila y se eleva en alas de majestuosa música religiosa, de orfeones y orquestas nacidos al calor y abrigo del amor á Donostía; es necesario pasearse por su boulevard para deleitar á la vista con aquella decoración que ostenta una perspectiva ideal: enramadas de frondosos árboles forman su bóveda y un movimiento continuo y animado por música excelente recrea á la muchedumbre; es necesario oír el canto del rumor de sus ondas que anuncian las galas de que está cubierto el

día de la Virgen y se presentan alegres y juguetonas bajo el anfiteatro del paseo de la Concha; es necesario fijarse en su playa, de renombre universal y ver cómo el firmamento se refleja en sus esmaltadas aguas; es necesario sentarse en la cúspide de sus montañas y ver á nuestra queridísima ciudad envuelta en lujosas vestiduras de palacios de arquitectura clásica y adornada de suntuosos edificios y de paseos encantadores; es necesario admirar el lujoso séquito que la flor de la aristocracia española hace exhibir por las calles y el tinte de alegría que producen los severos carruajes con las lucidas escoltas que acompañan á SS. MM.; y después de todo esto es preciso pasar un mes, una semana, una hora, para cantar con inmensa fruición la ciudad sin rival, la más bella entre las bellas, la más lujosa en sus decoraciones, la más poética, como lo es, sin disputa alguna, la escultural «Bella Easo».

Y, ¿qué ha hecho San Sebastián para que las miradas de todo el universo se alucinen ante su fisonomía? De entre sagradas cenizas de la antigua ciudad surgió otra nueva población al amparo del entusiasmo fervoroso de hijos heroicos suyos, como en la cima del monte brotan las flores al calor de los vivificantes rayos del sol, y aquella ciudad arrasada y exterminada levantase con pasmosa agilidad, y arroja por cimientos el pensamiento concebido en las juntas de Zubieta.

El Cantábrico y las murallas interrumpían la marcha de sus agigantados pasos y sobre ellos extendió San Sebastián la alfombra de su nueva población; el cielo bendijo su desarrollo y guiándole en su carroza de nácar á la que ató miles de sillares, la condujo en triunfal carrera, señalando con su mirada el solar donde había de levantarse el monumento que había de perpetuar la memoria de la Jura de los Fueros en el Palacio de la Provincia de Guipúzcoa, símbolo de la libertad y administración bascongada.

Al otro lado bañaba su peana el ala derecha de los mares, sobre los cuales surgió un edificio de góticas agujas y altas cúpulas, el Gran Casino, por el cual han desfilado, dejando imperecedero recuerdo, notabilidades artísticas como Sarasate, Planté, Leo de Silka, Albeniz, etcétera, cantantes como Tabuyo y Aristi, orfeones tan admirables como el Bilbaino, Pamplonés, etc.

A sus plantas nace el grandioso balcon que á manera de arco iris se extiende en todo lo largo de la Concha orlado por preciosos miradores de *chalets* y palacios que dominados todos ellos por el Real de Miramar, honra y gan satisfacción de nuestro pueblo, divisan á mane-

ra de elegantes atalayas el grandioso panorama que ofrece el azulado mar y el radio de los horizontes. ¡Levantarse á los piés de nuestra Concha y contemplarla á todas horas! ¡Oh! ¡qué ideal! ¡qué encantador! si parece sueño; si parece imposible que en tan poco espacio se hayo condensado tanta maravilla y tanta creación de bellezas; esta es la Concha de San Sebastián.

Pero era preciso levantar un monumento á la fe y religiosidad; era de todo punto imposible que la nueva población careciera de un templo digno de su nombre y debido á colosales esfuerzos levántase la iglesia del Buen Pastor con sus rosetones magistralmente esculpidos, sus multicolores cristales, sus torres y botareles, sus agujas doradas, sus modernistas y valiosos altares con estatuaria admirablemente colocada; sus góticas columnas de sillares, su torre piramidal, rodeado todo ello por relucientes calles y edificios que reflejan con inusitado esplendor los rayos de todos los horizontes.

Y así todo; así sus panorámicos paseos, sus continuadas hileras de palacios y elevadas casas, sus deliciosos alrededores, sus montañas de marfil por las que corren ferrocarriles como los de Ulía, al que dedicaremos artículo aparte, sus comunicaciones con la provincia y Bilbao, su gusto en los comercios; sus espectáculos alegres y divertidos; sus escuelas y centros de instrucción, donde se ilustran multitud de obremos, su asombroso desarrollo y ensanche de población, sus manifestaciones, su ser, su vida, su todo.

ADRIÁN DE LOYARTE.

